

Ian KERSHAW: *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, traducción de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona, 2016, 769 pp., ISBN: 9788498929478.

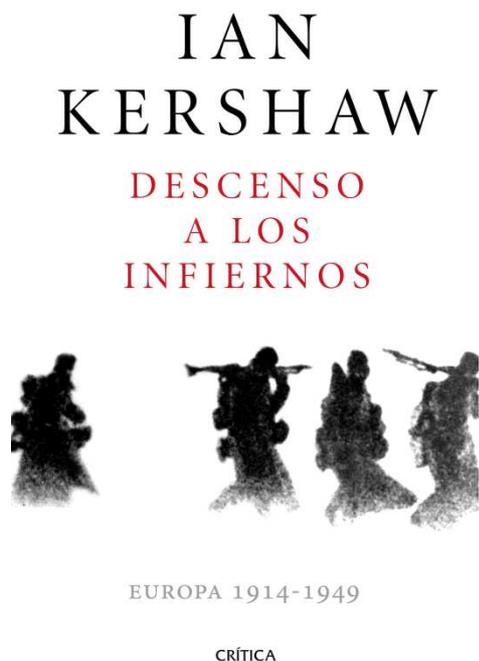
Isaac Martín Nieto

Descenso a los infiernos

La historia de la Europa del siglo XX es una historia de guerra. Ian Kershaw, el autor de *Descenso a los infiernos*, lo deja bien claro desde el principio de su libro. La guerra es lo que define esa historia. Pero no lo hizo igual en las dos etapas que el final de la Segunda Guerra Mundial creó dentro de ella. Durante la primera, Europa fue al infierno. Durante la segunda, volvió. Es por eso que, para Kershaw, la historia de Europa en el siglo XX fue un viaje de ida y vuelta al infierno. Un viaje con dos trayectos a los que va a dedicar sendos libros. El que es objeto de esta reseña está dedicado al primero, al que condujo a Europa al borde de la destrucción y que va del estallido de la Primera Guerra Mundial a los primeros años de la posguerra de 1945. El segundo libro, todavía por escribir, reconstruirá el viaje de vuelta, de la ruina en que había quedado el continente hasta la estabilidad y la prosperidad que caracterizaron a la Europa posterior a 1950.

La tesis central del libro es que la Primera Guerra Mundial generó una serie de «peligrosas fuerzas» que «culminaron» durante la Segunda «en abismos de inhumanidad y destrucción casi inimaginables». Esas «peligrosas fuerzas» que motivaron la «catástrofe inmensa» que supuso para Europa la Segunda Guerra Mundial fueron cuatro: el nacionalismo étnico-racista, el revisionismo territorial, los conflictos de clase y la crisis del capitalismo. Cuatro elementos que afectaron de forma conjunta a la mayor parte de los países del continente, aunque solo en el centro y el este de Europa estuvieron presentes en su versión más radical. En Alemania, sobre todo desde que los nazis alcanzaron el poder. En el resto de las zonas centrales y orientales de Europa, especialmente desde que Alemania las ocupara militarmente después de 1939. Cuatro elementos que, paradójicamente, fueron barridos del mapa por la propia guerra mundial que habían causado. Cuatro elementos, en fin, cuya desaparición estuvo en la base del posterior «renacimiento de Europa durante la segunda mitad del siglo».

Descenso a los infiernos está estructurado en diez capítulos, nueve de carácter cronológico y uno de naturaleza temática. Los de carácter cronológico tratan sucesivamente de la Europa anterior a 1914, de la Gran Guerra, de las consecuencias de la misma, de los años



veinte, de la Gran Depresión, de la sombra de otra guerra, de su estallido, de la Segunda Guerra Mundial y de la posguerra inmediata. El capítulo temático recorre la evolución durante todo el período de la sociedad y la economía, de las iglesias cristianas, de los intelectuales y de la cultura popular. El método y el enfoque utilizados para reconstruir ese viaje al infierno son explicados por el propio autor del libro en el prólogo y en la introducción, respectivamente. El enfoque lo acabo de resumir en el párrafo anterior. La metodología resulta bastante sencilla. Consiste en colocar el foco sobre «la forma en que se desarrolla exactamente el drama» y sobre «la configuración específica de los acontecimientos», lo que supone centrarse «en períodos bastante breves» y tratar por separado «dentro de esos períodos» cada una de «las diferentes fuerzas que contribuyeron a su formación». Por eso no hay capítulos específicos sobre la economía, la ideología, la cultura o la política, sino que cada uno de esos factores tienen su papel dentro de cada uno de los períodos.

El primer capítulo se llama «Al borde del abismo» y en él Kershaw cuestiona que la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial estuviera viviendo una edad de oro, que es como, una vez terminado el conflicto, la recordaban, sobre todo, las clases privilegiadas, que parecía que solo guardaban en la memoria el crecimiento económico, el desarrollo tecnológico y la estabilidad política. Y es que esa moneda tenía otra cara. Y no era tan luminosa. La miseria y la emigración que dominaban las regiones agrícolas; la exclusión política de buena parte de la población, en la que estaban incluidas todas las mujeres; el desafío al orden establecido representado por el socialismo; el nacionalismo racial y dos de sus manifestaciones más radicales, como fueron el antisemitismo biológico y la eugenesia; y la violencia, tanto la ejercida sobre la población europea como la exportada a las colonias imperiales, son los principales fenómenos que Kershaw identifica como la cara oscura de esa edad de oro. También niega que la guerra fuera el producto de un encadenamiento de sucesos accidentales, «un suceso imprevisto e impredecible». Nada más lejos de la realidad. Lo que ocurrió en realidad fue que «dos deseos de guerra se impusieron sobre los deseos de paz» y que «dos líderes de Europa abordaron la perspectiva de la guerra con los ojos perfectamente abiertos». Lo que no quiere decir que la parte de responsabilidad por el estallido de la guerra corresponda por igual a todos esos líderes. Unos contribuyeron más que otros. Y Kershaw los identifica con claridad: fueron los de Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia, y especialmente los primeros.

El segundo capítulo, «El gran desastre», contiene un relato de las operaciones militares, un análisis de las experiencias de la guerra en el frente y en la retaguardia y otro análisis del multiforme impacto de la guerra sobre los estados que participaron en la misma. Las principales conclusiones a las que llega el autor son que la moral de los civiles y los soldados dependió en buena medida del sistema político de cada país, pues aquellos que estaban basados en altos niveles de representación y en valores generalmente aceptados encontraron mayores facilidades que el resto para mantenerla alta; y que, aunque hubiera mucha distancia entre la relativa estabilidad política de la que gozaron Francia o Gran Bretaña y las crisis de legitimidad que sufrieron Alemania o Rusia, todos los estados sin excepción tuvieron que afrontar cambios como consecuencia directa de la guerra. Aunque para cambios, los de la inmediata posguerra. Cambios políticos, sobre todo, aunque también económicos y sociales. A ellos dedica Kershaw el tercer capítulo de su libro, titulado «Una paz turbulenta». En este el autor analiza la crisis económica y social que provocó la guerra en todos los

países y el Tratado de Versalles que reordenó el mapa de Europa, al tiempo que describe la revolución de los bolcheviques en Rusia, la movilización de los contrarrevolucionarios, el triunfo generalizado de la democracia parlamentaria, la toma del poder de los fascistas en Italia y la supervivencia de la democracia en Alemania.

En el capítulo cuarto, «Bailando sobre el volcán», Kershaw analiza la etapa de recuperación y expansión del capitalismo de la segunda mitad de los años veinte, el desarrollo del socialismo de estado en la Unión Soviética, la evolución de la alta cultura y la cultura popular en lo que al entretenimiento y al arte respectan, el mejoramiento de las relaciones internacionales y la progresiva sustitución de democracias parlamentarias por regímenes autoritarios, aunque todavía no en Alemania. Un panorama relativamente luminoso sobre el que empezarán a adensarse las sombras en seguida, en cuanto diera comienzo la crisis económica de 1929. A esa crisis, a su origen, a su desarrollo y, sobre todo, a sus consecuencias, está dedicado el quinto capítulo del libro, que se llama, precisamente, «Las sombras se adensan». Sobre todo a sus consecuencias porque los procesos políticos que tuvieron lugar en el marco de esa crisis fueron decisivos para la historia de Europa. Y es que entre esos procesos estuvieron la llegada al poder de los nazis en Alemania y el avance de la derecha en la política europea, especialmente en la Europa central y oriental.

En el capítulo sexto, «Zona de peligro», Kershaw narra el derrumbamiento del orden internacional establecido tras el final de la Gran Guerra y analiza la configuración de las dictaduras en Europa desde un punto de vista comparativo, centrandó el foco sobre las dictaduras dinámicas, las dictaduras basadas en la preeminencia de la ideología y en la movilización de las masas, como la Unión Soviética, la Italia fascista y la Alemania nazi. Y en el capítulo séptimo, «Hacia el abismo», el autor vuelve a poner en primer plano la dimensión internacional para dar cuenta de la desestabilización que resultó del rearme de Alemania, Italia y Japón, primero, y de Francia y Gran Bretaña, en respuesta; y para relatar la cadena de acontecimientos que llevaron al estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, entre los que destacan las invasiones alemanas de Austria y Checoslovaquia. Antes de eso Kershaw deja constancia de un proceso político de naturaleza ambivalente, de naturaleza a la vez nacional e internacional, como fue la derrota de la izquierda en toda Europa. Aquí aprovecha para describir con cierto detalle los significativos episodios de la derrota de las izquierdas francesa y española, la primera por el fracaso de la estrategia política del Frente Popular y la segunda por la victoria de los militares rebeldes en la guerra civil del 36.

La Segunda Guerra Mundial es analizada en el octavo capítulo, que lleva el elocuente título de «El infierno en la tierra». En él Kershaw resume las operaciones militares; trata de la violencia que acompañó al conflicto en toda Europa, aunque sobre todo en su parte central y oriental; analiza la actitud de las personas que vivieron la guerra, primero de las que lo hicieron en el frente y después de las que lo hicieron en la retaguardia; y señala lo que esa guerra supuso para la historia de Europa desde una perspectiva histórica. Llegado este punto el autor hace un alto en el camino e introduce el capítulo temático, el noveno, que se llama «Transiciones silenciosas durante las décadas oscuras», para continuar su recorrido por la primera mitad del siglo XX en el décimo, titulado «Resurgir de las cenizas». Este capítulo analiza la violencia de los vencedores sobre los vencidos y la depuración de los partidarios de los regímenes derrotados en la guerra, el renacer de la democracia parlamentaria en la Eu-

ropa occidental y su ocaso en la oriental, y el establecimiento de un nuevo orden internacional dominado por Estados Unidos y la Unión Soviética. El capítulo y el libro terminan con un resumen de los factores que explican por qué después de 1945 comenzó una etapa de estabilidad política y prosperidad económica, una etapa de una naturaleza tan diferente a la que siguió al final de la Primera Guerra Mundial. Son la desaparición de Alemania como gran potencia, la eliminación de los responsables de los crímenes de guerra, la división de Europa en dos bloques bajo el control de sendas superpotencias, el crecimiento económico iniciado a finales de la década de los cuarenta y la amenaza de una guerra definitiva, como podría llegar a ser la atómica.

Ni que decir tiene que *Descenso a los infiernos* tiene todos los ingredientes para llegar a ser una obra de referencia para todos aquellos interesados en la historia de la Europa del siglo XX, independientemente de que estén dentro o fuera de la academia. Es un libro bien estructurado, bien escrito, bien informado. Su autor es un experimentado historiador que ha publicado, entre otros libros, una monumental biografía en dos volúmenes de Adolf Hitler, un protagonista central de esa historia. Y, pese a que en la obra que estoy reseñando no realiza ninguna nueva contribución al conocimiento de la misma, sí que ofrece una nueva interpretación. Y no la ofrece solo, aunque sí principalmente, a partir de la bibliografía de otros investigadores, sino también a partir de las fuentes primarias que ha consultado, según el mismo Kershaw confiesa, para tratar ciertos temas del libro, como, sobre todo, los vinculados a la historia de Alemania entre el final de la Gran Guerra y 1945. *Descenso a los infiernos* también sirve a la perfección como una brújula para navegar por las diversas historiografías nacionales europeas. En su «Bibliografía selecta» no están todos los que son, es cierto, pero sí que son todos los que están.

Pero que este libro tenga tantas virtudes no significa que carezca de defectos. Yo me atrevo a señalar uno. Y es que las partes españolas del libro no resultan muy satisfactorias. No digo que España hubiera merecido un lugar más significativo en el relato, ni mucho menos. Eso, además, sería muy discutible. Lo que digo es que la visión que Kershaw transmite de la historia de España en la primera mitad del siglo XX resulta algo sesgada y anticuada. Un vistazo a la bibliografía seleccionada de la que he hablado en el párrafo anterior parece confirmarlo. Primero, porque todos los autores de obras consideradas por Kershaw de utilidad para escribir las partes españolas de *Descenso a los infiernos* son hispanistas. No hay ni un solo historiador español entre ellos. Esto, que habría parecido relativamente normal hace cuarenta años, no lo parece tanto hoy en día, sobre todo a la vista de la cantidad y la calidad de la producción historiográfica sobre la España del primer tercio del siglo XX que varias generaciones de historiadores han ido acumulando desde los años ochenta. Podría ser que la causa del descuido esté en que Kershaw, sencillamente, no lee en castellano, la lengua que predominantemente han utilizado y utilizan los historiadores españoles para comunicar los resultados de sus investigaciones. No lo es: no pocos de ellos llevan años publicando en inglés. Segundo, porque la bibliografía que utiliza Kershaw está en buena medida superada. La fecha de edición no lo es todo, evidentemente. Pero en este caso resulta un indicador bastante elocuente. Y es que la mitad aproximadamente de esa bibliografía fue publicada por primera vez en los años sesenta, setenta y ochenta. La otra mitad, las obras de Antony Beevor, Helen Graham, Michael Richards, Mary Vincent y algunas de las de

Paul Preston, lo fue a lo largo de los últimos veinte años. Y solo un libro de Preston y la obra de Vincent fueron editadas durante los últimos diez.

Pero que la visión de España que transmite *Descenso a los infiernos* está sesgada y anticuada es algo que solo queda definitivamente confirmado al constatar la existencia de ciertas ausencias y de ciertas lagunas que me resultan difíciles de perdonar. Las primeras están lejos de ser insignificantes. La obra publicada durante la última década por parte de historiadores como Julián Casanova, Michael Seidman, Manuel Álvarez Tardío, Fernando del Rey o Julius Ruiz ha modificado para siempre la historiografía sobre la primera mitad de la España del siglo XX. La ha cambiado hasta tal punto que actualmente resultaría inadmisibles escribir sobre el período sin citar sus obras. Ninguno de ellos, sin embargo, aparece entre la bibliografía selecta de Kershaw. Y eso que solo he citado a aquellos que han publicado tanto en castellano como en inglés y que he incluido a dos hispanistas, como son Seidman y Ruiz. Las lagunas a las que me refería antes parecen lógicas llegados a este punto. Basta con señalar brevemente un par de ellas, de naturaleza concreta, además, pues no quiero alargar demasiado esta ya larga reseña. Primero, no existe referencia alguna a los pequeños y medianos campesinos, que estuvieron en la base de la movilización católica de los años treinta. Segundo, el autor de *Descenso a los infiernos* explica la derrota de la República en la guerra civil del 36 solo como el producto del desequilibrio en favor de los rebeldes de la ayuda internacional a los dos bandos, cuando es sabido que también tuvo su parte el hecho de que la gestión de los recursos materiales y humanos alcanzara una mayor eficacia en la retaguardia sublevada.